

mero de escribanos; no se permitiría establecer escuelas de Gramática (latina) en pueblos pequeños; sin decirlo abiertamente, se pretendía con esta medida reducir el número de aspirantes al sacerdocio. Tampoco se atrevió el Conde Duque a legislar contra los estatutos de limpieza de sangre; se limitó a ordenar que la familia que hubiera probado ya en tres ocasiones que no tenía antecedentes moriscos o judáicos mediante informaciones hechas en corporaciones prestigiosas no tendría necesidad de repetir las pruebas. Se pretendió combatir la tendencia al lujo y al derroche con limitaciones legales sobre el uso de vestidos de lujo, coches, criados y dotes; la limitación de las dotes tenía también un sentido poblacionistas, pues muchas hijas de la clase media no se podían casar porque sus padres no podían sufragar las elevadísimas dotes. Finalmente con la prohibición de la libertad sexual se quiso combatir la prostitución legal, lo que estimuló la prostitución clandestina, mucho más perniciosa.

Visto desde la óptica actual este programa reformista resulta insuficiente, quimérico y, en algunos puntos, inaceptable, pero en aquellas circunstancias resultaba atrevido; quedó, en gran parte, sin aplicación, y lo mismo sucedió con otro proyecto en el que el Conde Duque puso mucho empeño: la *Unión de Armas*, que pretendía robustecer aquel gran agregado mal organizado que era la Monarquía; cada una de sus partes debería mantener un número de soldados proporcional a sus recursos para la defensa mutua. Excelente idea en teoría, resultó inaplicable en la práctica por las resistencias que halló, lo mismo que otro proyecto que se quiso poner en práctica a comienzos de aquel reinado para combatir lo que hoy llamamos *tráfico de influencias*; cada funcionario debería entregar un inventario de sus bienes para comprobar que no se enriquecía de modo ilegal durante el trans-

curso de su carrera administrativa. Sólo recibió un principio de ejecución, lo que demuestra que el poder real era más absoluto en teoría que en la práctica.

En su intervención durante la presentación de su libro en el Museo del Prado, John H. Elliott dijo que por fin «podía enterrar al Conde Duque», palabras que revelan un cierto cansancio, explicable en quien ha dedicado muchos años al estudio de un tema, de un personaje. Sin duda, nuevos temas, concretamente el americano, reclamarán ahora su atención; pero tenemos la esperanza de que su interés por el reinado de Felipe IV no le abandonará. A pesar de la pérdida casi total de su archivo personal aún queda mucho que descubrir acerca de la persona y la obra de D. Gaspar de Guzmán. Durante muchos años estuvo mezclado en todos los asuntos importantes de su tiempo, y las huellas de su actividad se encuentran en los más variados e inesperados lugares; D. Carlos Pujol, estudiando el proceso inquisitorial de D. Gerónimo Villanueva, íntimo del Conde Duque, ha localizado un epistolario que parece de gran interés; Antonio Herrera, laborioso investigador sevillano, acaba de publicar una monumental obra acerca de la casa de Olivares, en la que se historia la formación del patrimonio que iniciaron el abuelo y el padre de D. Gaspar y que él acrecentó de modo tan considerable, pensando haber erigido un monumento *aere perennius*, cuando la triste realidad es que a su muerte sin sucesión directa su mayorazgo se dividió, como ocurrió en tantas ocasiones, y más en aquellos tiempos de alta mortalidad. Habrá, qué duda cabe, nuevas aportaciones a la figura del valido de Felipe IV, pero esta que nos acaba de ofrecer el profesor Elliott quedará como un hito difícilmente superable.

A. Domínguez Ortiz

Borges, el otro, el alquimista

¡Ah, todo es símbolo y analogía!

Pessoa

«**E**l escritor tiene que sentir, luego soñar, luego dejar que le lleguen las fábulas»¹; porque, como Borges sabía, el mito está en el principio y en el fin de la literatura. No resulta demasiado difícil imaginar, urgar en nuestro más remoto pasado como especie y ver a un hombre, desválido en lo rudimentario de su idioma, narrando una fábula al calor y al cuidado de una hoguera. Efectivamente, en el principio de la literatura está la fábula. Borges enunciaba que pueden distinguirse cuatro momentos en la evolución de los escritores: en el primero el escritor no tiene voz, o puede tener cualquier voz: en el segundo escoge un maestro y se apropia de la voz de ese iniciador; en el tercero el escritor encuentra su rostro y su propia voz; finalmente, en el cuarto momento (que muy pocos alcanzan) el escritor pierde su voz para convertirse en la voz de cualquiera, o de todos. «Así, los buenos versos de Shakespeare son manifiestamente de Shakespeare, pero los mejores ya no son de él. Tienen la virtud de parecer de cualquier hombre, de cualquier país»². Por esto, también el mito está en el fin de la literatura; el cuento, la narración nocturna, los sueños que algunos escriben, los versos que se recuerdan antes que al autor a veces se convierten en una forma de alcanzar la voz de todos. Tal vez sea por las mismas misteriosas razones que las fábulas nos estremecen como el fuego.

Borges tuvo entre otros muchos aciertos el de hacer de la lectura un proceso al menos tan creativo como el de la escritura. Así, compuso su peculiar rompecabezas sobre la historia de la creación literaria, también la creación mítica y, siguiendo el hilo, por qué no, de la historia del Espíritu como productor y consumidor no sólo de

literatura sino a la vez de pensamiento estético. Su generosidad y su entrega a la lectura nos han dado páginas deslumbrantes, páginas en las que no se escatima ningún esfuerzo, en las que se busca y encuentra la intensidad del idioma, el temblor de las palabras juntas con el mismo tesón que podemos encontrar en los mejores de sus cuentos o poemas. Entre sus innumerables lecturas, sospecho que Borges debió leer a Jung con más detenimiento del que sus comentarios delatan. En cualquier caso, creo que ambos sabían de la eficacia para el estremecimiento de las imágenes primigenias: escasos puntos que abren en el espacio de la consciencia unos pozos de significado, que hacen que las fábulas sean tales y que nuestra curiosidad e inocencia se prendan de ellas, como es imposible apartar los ojos de una gran lumbre.

Creo no equivocarme mucho si digo que la pasión de Borges sostuvo un inmaculado equilibrio entre el azar y la estructura; «lo fundamental es la carga de pasión que se trasmite a través del lenguaje»³, decía Borges, y los materiales que mantuvieron viva la pasión de su pensamiento fueron el estremecimiento estético y el azaroso e iluminador hallazgo de la repetición de ciertos mitos, de ciertos símbolos a lo largo del tiempo y el espacio; en definitiva, el encuentro de una arquitectura de la conciencia, pero una arquitectura sonora llena de misterioso ritmo y en permanente construcción. Sospecho que Borges tuvo en más de una ocasión la certeza de en qué lugar exacto de esa arquitectura, de esa antiquísima y obstinada tradición venía a instalarse cada línea por él escrita. La vocación de dejarse invadir mansamente por los sueños que los tenaces mitos generan. Y en todo este proceso, por otra parte nada extravagante, lo indiscutiblemente borgeano es la lucidez con que a él asistió. Pacientemente escudriñó, halló y anotó repeticiones a las que unir su propia creación. Decía Chesterton que «el mundo no debe ser sólo trágico, romántico, religioso, debe también carecer de sentido», y Borges se mueve con una coreografía impecable entre ambos lados de la balanza. Cómo no citar *La lotería en Babilonia*. Allí donde los

¹ Premio Miguel de Cervantes, 1979. Edit. *Anthropos Barcelona* 1989. Col. *Ambitos literarios*, N.º 4, pág. 79.

² Borges A/Z. Edit. Ediciones Siruela, Col. *La Biblioteca de Babel*. Madrid 1988, pág. 87.

³ Premio Cervantes 1979. *Ibid.*, pág. 94.

hombres más necesitan encontrar una estructura, una razón que justifique, allí donde la encuentran, donde se dicen que la encuentran, donde se apaciguan con la construcción y el hallazgo, y para no dejar nada suelto, se dicen que también han logrado integrar el azar: qué no hacer para apaciguarse ante la ausencia de moralidad o de causalidad razonable en la muerte. Borges tiene, efectivamente, el poder de estremecernos nombrando el azar. Esto, en sí, no es demasiado prodigioso. Despliega con las palabras el temblor de los cimientos de la conciencia ante la carencia de sentido, ante la pobreza de la inteligencia cuando el azar se adueña de la realidad. Sin embargo, la lucidez de esas mismas palabras nos proporciona un extraño sosiego. El misterio del poder de las palabras (y esta no es una creencia precisamente actual) es algo que afortunadamente no se puede desvelar.

Borges sostenía que no hay un escritor de fama universal que no haya encontrado un símbolo, pero no uno cualquiera, sino un símbolo que logre apoderarse de la imaginación de la gente. Hablaba de Quevedo, y decía que su grandeza era verbal. Tal vez Borges, al igual que Quevedo, como cita Teodosio Fernández, «era menos un hombre que una dilatada y compleja literatura». ⁴ No sé si Borges encontró un símbolo, tal vez a veces lo buscó desesperadamente, pero lo que si encontró en el camino de búsqueda y recopilación de metáforas fue un prodigioso lenguaje. Como decía, la literatura de Borges se movió, quizá sería más acertado decir que danzó, en torno a esas escasas metáforas verdaderas de las que él mismo hablaba. Sin embargo su «reiteración» nunca puede ser tediosa. Tal vez porque era un hombre encendido por las ideas y, me atrevo a decir que vacío de teorías. Tal vez porque encontró en el lenguaje, en cada línea la magia que poseen los mitos, las hondas metáforas: encontró el prodigio, la sensación de dulce y terrible suspensión que produce rozar el nombre de la realidad, el mundo, el universo en su infinita complejidad, en sus más hondas contradicciones. Borges dijo: «Alguna vez yo también busqué la expresión: ahora sé que mis dioses no me conceden más que la alusión o mención». ⁵ Tal vez los dioses nos hayan castigado a todos conde-

⁴ Borges, *Jorge Luis*, *Prosas Completas*, tomo 3. Edit. Brujerna Barcelona 1985. Pág. 56.

⁵ Borges A/Z. *Ibid.* Pág. 84.

nándonos a poseer instrumentos «sólo» aproximativos y metafóricos para acercarnos a la realidad, a lo ambiguo de la realidad. O tal vez a los dioses les divierte observar cómo algunos hombres crecen y hacen crecer esos instrumentos a pesar de las limitaciones.

En alguna de las múltiples y contradictorias declaraciones que acostumbraba a hacer, Borges se quejaba de no haber llevado una vida más intensa, aunque aceptaba que su destino era, al fin, literario, y escribió: «La verdad es que nunca he salido de ella (la biblioteca de su padre), como nunca salió de la suya Alonso Quijano». ⁶ cuando en 1979 le fue otorgado el Premio Miguel de Cervantes, quiero pensar que, de alguna manera, también le fue concedido el Premio Alonso Quijano.

Ahora, la Editorial Anthropos (en colaboración con el Ministerio de Cultura) rinde un hermoso homenaje a los premios Miguel de Cervantes publicando una colección de libros dedicados a cada uno de los autores a los que se les ha concedido dicho premio, (el último volumen publicado es el dedicado a María Zambrano, cuyo premio corresponde al año 1988).

Guadalupe Grande

Nota final:

Cada volumen consta de los siguientes artículos:

1—Jorge Guillén (1976): «Jorge Guillén o la afirmación instantánea a instante», por Antonio Piedra; «Guillén por Guillén (El poeta y su poesía)», por Francisco J. Díaz Castro; «Aproximación a la poética de Jorge Guillén», por Francisco J. Díaz Castro; «Análisis de la bibliografía guilleniana», por Antonio A. Gómez Yebra. 2—Alejo Carpentier (1977): «La América de Alejo Carpentier como lo verdaderamente real maravilloso», por Dónoan; «Alejo Carpentier: breve apunte biográfico», por Francisco J. Díaz de Castro y María Payeras Grau; «Ideas y sonido de Alejo Carpentier. La danza de las palabras», por Paco Tovar; «Significación de Alejo Carpentier», por Julio Rodríguez Puértolas; «Aproximación a la bibliografía de Alejo Carpentier», por Francisco J. Díaz de Castro y María Payeras Grau; «Cronología de Alejo Carpentier».

3—Dámaso Alonso (1978): «El poeta, conciencia dramática del existir humano. Revelación y comunicación —en el poema— de la «oscura noticia» de la «Otriedad» por Dónoan; «Sucedido y sucesivo Dámaso», por Dámaso Santos; «Alonso X Dámaso», por José Angel Cilleruelo; «La obra de Dámaso Alonso y su trascendencia social y existencial», por F.J. Díez de Revenga; «En torno a la Bibliografía de Dámaso Alonso», por F.J. Díez de Revenga; «Cronología de Dámaso Alonso».

⁶ *Ibid.* Pág. 27.